

La Campana de Guardia

Con su marcha siempre pareja transcurre el tiempo eternamente. Nada puede apresurarlo ni detenerlo. Se desliza, incontenible como la arena blanca en los relojes de arena de nuestros antepasados y a nuestro oído susurra al mismo tiempo consuelo y advertencia:

“No tomes las cosas demasiado en serio, pues todo es pasajero...”

¿Cuántas generaciones no midieron el tiempo con el reloj de arena y no fue acaso el marino a bordo el que más lo usó? El navegante siguió apegado a su vieja tradición aún cuando en tierra el anticuado instrumento desde hacía tiempo era objeto de burla.

En las soberbias galeras y carabelas de la gloriosa España y del inquieto Portugal, en los kaggs hanseáticos y los buyeses holandeses, en los buques de línea ingleses, se usaban relojes de arena de diversos tamaños. Algunos colocados en cajas artísticamente labradas, que son hoy día el orgullo de los museos náuticos.

A bordo se usaba el Gran Reloj de Guardia que corría 4 horas y que debía ser tocado únicamente por el Oficial de Guardia. Además existía el “Half-watch-glass” que indicaba 2 horas, y el reloj común que se vaciaba en media hora y estaba ubicado cerca del timonel siempre que el tiempo lo permitía.

De acuerdo con este “Half-our-glass”, el timonel tocaba la guardia en una pequeña campana y desde proa le contestaba el sonoro timbre de contra-alto de la hermana mayor, la Gran Campana del navío, atendida por el vigía del castillo de proa.

De esta manera todo el mundo a bordo se enteraba de la hora. Toda la rutina de a bordo se regía por el ritmo de las campanadas: los ships bells; guardia y guardia libre, cambio de guardia; silencio a bordo; rancho y reparto de rhon y aguardiente, así como también los combates. “We tought 8 glasses” dice la bitácora del “Minotour” al 1º de agosto de 1798, el día de la batalla naval de Aboukir.

Antiguísimo es el horario del día en alta mar. Se comparte en 6 guardias de a 4 horas. A las 4.00, 8.00 y 12.00 hrs. termina una guardia y empieza la otra. Después de la primera media hora, es decir las 4.30, 8.30 y 12.30 horas, se toca 1 toque sencillo con la campana del buque. A las 5.00, 9.00 y 1.00 horas suena un toque doble y así sucesivamente hasta que a las 8.00, 12.00 y 4.00 horas termina la antigua guardia con 8 toques, 4 toques dobles y con eso también se señala el principio de la nueva.

El vaciarse y dar vuelta del reloj de media hora era anotado cada vez con todo cuidado en la bitácora por el Oficial de Guardia por medio de una raya. "Navegamos desde el Doggerbank al Schagenreff, 33 toques, rumbo nor-noroeste", así se lee en la bitácora del "La Vaca Pintada de Flandes" año 1683.

De la exactitud, con la cual se anotaba los toques de campana, dependía la seguridad de la navegación, al igual que hoy en día rumbo y distancia forman la base de la navegación. Por esa causa: solamente un Oficial o Piloto estaba autorizado para dar vuelta al reloj. Pero con bastante frecuencia se efectuaba la operación por manos desautorizadas con el fin de acortar la guardia. Se llamaba esto en alemán: "Einen Stützenbull machen" y el británico decía: "The Steerman has cheated the glass". El francés creó la simpática frase: "Le timonier a maugé du sable".

¡Cuánto romance encierra el sonido de la Campana Naval! ¡Cuánta felicidad, cuantas amarguras de marino acompañaron los toques de guardia a través de los siglos! Los navegantes hanseáticos que viajaban a Islandia y Nowgorod, los like-deeler, bucaneros, filibusteros, los corsarios y piratas, hermanos de la costa y aventureros de toda especie extendían sus velas y navegaban bajo el sonido de los toques de guardia.

Colón y Magallanes, Vasco da Gama y Francis Drake, de Ruyter y Tegetthoff, Amundsen y Hilzendorf, a todos ellos la campana de guardia les indicaba las horas y días en sus largos viajes, en sus descubrimientos y hazañas.

Tampoco callaban las campanas al tronar de las bocas de fuego de Lepanto y

Mobile, Tsushima y Skagerrak, Leyte, Lisboa e Iquique, donde llamaban a Prat y los suyos a la última guardia.

Actualmente sobre la rada de Portsmouth suena la campana del "Victory", buque insignia de Nelson, que llamó a su Almirante hacia la victoria y la muerte ante Trafalgar, el 21 de octubre de 1805.

En el puente de Blankenese en Hamburgo, la bella campanita del brigg "Luisa de Stettin" sueña con el Cabo de Hornos y con el de Buena Esperanza, sueña con La Plata y Hawaii.

La campana del soberbio transatlántico "Cap Polonio" fue salvada, y en Hamburgo, en una casa a orillas del Alster, es custodiada la campana del velero "Parma", que llamara a tanta guardia amarga cuando las olas enfurecidas por el huracán castigaban cruelmente su cubierta.

Y en el edificio de Lloyds, en Londres, pendiendo del techo de la Gran Sala está la campana del "Lutine" que reventó en las rompientes salvajes de Terschelling, hace 200 años. Cuando repica "una vez" las ruidosas voces del día se suspenden por un momento en angustioso silencio, porque su sonido indica implacablemente el hundimiento de algún bravo navío. Pero, en cambio, cuando la campana del "Lutine" suena "dos veces", indica la llegada de noticias de algún barco que se daba por perdido y este doble campanazo devolvía la esperanza a más de alguna mujer desesperada de que el esposo amado volvería al hogar.

Hoy en día, igual como hace siglos, suenan los toques de guardia en todos los mares y en los buques que viajan alrededor del mundo.

Los adelantos modernos no han logrado desplazar los tradicionales campanazos de guardia y su sonido es el sueño de todos aquellos cuyo corazón pertenece al mar. Marineros jóvenes y viejos, sean de alta mar o navegantes costeros, en el entrepunte o en la sala de máquinas, llámense telegrafista, práctico, médico, cocinero o contador, contramaestre o carpintero, capitán o grumete, sean Almirantes o guardiamarinas, todos ellos escuchan los toques de la campana, y entonces son iguales. El gallardete azul su-

be a la verga y les indica: ¡Este buque se hace a la mar en el día de hoy! Su orden de viaje dice: "outward bound" y sus pensamientos viajan hacia las soledades de los océanos.

La nostalgia de la lejanía se apodera de ellos y recuerdos surgen de la subconsciencia, recuerdos de bellos tiempos pasados, de costas hospitalarias, de buenas camaradas.

Son los mismos pensamientos que inspiraron al poeta cuando en altas horas de una noche tropical fue embrujado por el encanto metálico de la campana de proa y mantuvo íntima conversación con su viejo reloj:

Acurrucado ante el viejo reloj
se me pasan las horas soñando
y entre su misterioso Tic - Tac
recuerdos surgen cuando estuve
viajando a Insulandia.

Y en las noches cuando tranquilo medito
siento a través de su Tic - Tac
parejo
campanadas en la neblina
como un eco lejano, reflejo
de voces del pasado, de charlas
en las guardias nocturnas, serenas,
inolvidables bajo el blanco velamen,
de brisas suaves, de horas amenas
en Insulandia.

(De la revista náutica alemana "Die Yacht").